

Cayaurima y la conquista de la Nueva Andalucía venezolana

Escribe: S. T. FORZAN-DAGGER

Entre los caciques que dieron páginas heroicas a la historia de Venezuela, Cayaurima ocupa lugar privilegiado por sus hazañas y arrojo así como por su genio natural, pues las extraordinarias acciones de este guerrero indio, nacido en las inmediaciones de la desembocadura del río Neverí, o mejor, en las hoy tierras barcelonesas, no son fantasías ni productos de la imaginación. No se trata de un guerrero creado por la inventiva popular, como otros caciques imaginarios cuyos orígenes se hallan en el talento fecundo de algún escritor. Cayaurima existió y demostró a través de su físico y de su genio natural las condiciones superiores de la raza americana. Así nos lo dice la historia. Y así lo comprendían los conquistadores españoles. Uno de ellos, don Jácome Castellón, al referirse a la raza de Cayaurima, la cumanagota, escribe en una de sus cartas al rey:

“Entre las variadas tribus de indios que pueblan y circundan estas montañas y estas costas existe una particularmente peligrosa, se trata de una tribu opulenta en número y opulenta en recursos. La cifra de aborígenes aptos para la lucha, distribuidos en grupos, asciende aproximadamente a veinte mil hombres, fuertes de músculos y de corazón. Muchas otras tribus de los contornos han sido fácilmente subyugada por ella. Se les conoce por cumanagotos; en el manejo de la flecha y otras armas primitivas, son verdaderamente maestros. Cuando el soldado conquistador menos lo espera, los cumanagotos atacan con fiereza los poblados recién fundados. El atemorizarlos con detonaciones, resulta casi imposible. No le temen a nada ni a nadie; y al mismo tiempo, para agravar el peligro de sus incursiones, poseen cierta disciplina y organización singular. Respetan a sus caciques —continúa Castellón— y las órdenes de estos no se detienen a discutir las, y cuando son derrotados, jamás pierden la moral de “agrupación” y el concepto de familia. Esta familia de cumanagotos presenta dificultades para las poblaciones en proyecto. Fuera de desear se nos enviaran mayor número de soldados para contrarrestar sus *intempestivas acometidas*”.

Estos eran pues, los guerreros que tenía Cayaurima bajo su mando, bajo su certera dirección. No eran soldados de escuelas ni de libros, sino de experiencia y enseñados por las tradicionales costumbres de sus antepasados, pues ellos las conservaban con celo y respeto y las transmitían de generación en generación. Con este grado de cultura militar mantuvieron a raya —con ferocidad inaudita— a los disciplinados soldados españoles del rey Felipe II por espacio de veinte años de constantes luchas. Los mismos capitanes peninsulares se consideraban incapaces de conquistar militarmente las tierras cumanagotas. Así lo dicen muchos documentos de la época, a los cuales nos vamos a referir a continuación.

EXPEDICION DE DIEGO FERNANDEZ O GONZALEZ DE ZERPA

Corría el año 1569 y en la provincia de la Nueva Andalucía hallábase de gobernador don Diego Fernández o Gonzalo de Zerpa, a quien el rey de España encomendó la fundación de otras poblaciones en el extremo oriental de Venezuela. Para ello tenía que enfrentarse a los terribles cumanagotos, lo cual era una empresa ardua y llena de peligros, ya que no se podía someter a los mencionados indios sino por medio de las armas. Y así vemos que a fines de ese año, el gobernador de Zerpa partió de Nueva Andalucía con 400 hombres y llegó a El Salado, lugar comarcano a la margen izquierda del río Neverí y de la quebrada de Guatapanare, en donde fundó la efímera ciudad de Santiago de los Caballeros. Ahí, en ese poblado, pasó unos meses con sus tropas hasta los últimos días de abril en que partió a Guayana, cuyas leyendas y misterios atraían al conquistador español. En el camino, la expedición era acechada por los cumanagotos que, ocultos en las espesuras de la selva, le seguían los pasos. La expedición no se percató de la presencia de los indios, cuando de improviso, en el lugar denominado Camoruco, en la sabana de Cotopriz o Carrizales, a diez leguas del litoral, el 10 de mayo de 1570, el cacique Cayaurima le salió al encuentro con sus guerreros y se trabó en cruento combate con los soldados españoles, quienes, a la postre, perecieron al golpe de las macanas y de las flechas envenenadas. Y el gobernador de Zerpa murió estrangulado en las propias manos de Cayaurima, según la tradición. Esta victoria de los cumanagotos les valió varios años de paz, ya que ningún otro expedicionario tuvo valor para internarse en sus tierras, hasta el año de 1579, en que el gobernador de la Provincia de Venezuela, don Juan de Pimentel, comisionó a Garci-González de Silva para que sometiera a los cumanagotos.

EXPEDICION DE GARCI-GONZALEZ DE SILVA

En 1579 Garci-González partió de la ciudad de Caracas con 600 hombres rumbo a las tierras cumanagotas. Después de veinte días de marcha llegaron a las márgenes del río Unare, en donde fundó una población y sometió a varias tribus. De ahí continuó su marcha por la orilla del mencionado río y pasó por un lugar que llamaban Palenques, hasta llegar —no sin antes haber tenido en el curso del camino serios combates con los indios— al caserío de Utuguane, que los cumanagotos incendiaron y, también, envenenaron las aguas de los jagueyes y manantiales. En esta situación pasó la noche el conquistador español, hasta el día siguiente en que

salió en busca de los indómitos aborígenes, “a quienes encontró —apunta el sociólogo venezolano don Carlos Siso en su obra “La Formación del Pueblo Venezolano”— a poco más de legua y media, acampados en la hermosa llanada que servía de asiento al cacique Cayaurima”. En este lugar, que para los historiadores y hombres cultos es una reliquia histórica, y que hoy es conocido con el nombre del Juncal, en las inmediaciones de la ciudad de Barcelona, en donde años más tarde el general patriota Manuel Carlos Piar derrotó a las tropas del canario Francisco Tomás Morales, hallábase Cayaurima con su ejército esperando al enemigo. Son célebres las frases que les dijo a sus subalternos: “—Déjenlos acercarse, que este territorio cumanagero jamás será de ellos—”. Ya el enemigo cerca, el cacique no vaciló en atacarlo por distintos frentes. Tenía fe en sus guerreros a los que daba coraje con sus palabras y arrojo singular. Las tropas españolas hicieron todo lo posible por evitar la derrota, pero sus esfuerzos les fueron inútiles y salieron huyendo hacia la población de Píritu perseguidos por los empujados aborígenes. Ya en este lugar, Garcí-González decidió abandonar las tierras cumanageras y se retiró a Querecrepe, pueblo que él mismo había fundado.

Con esta otra victoria, la fama de Cayaurima se acrecentó y sus hazañas traspasaban los límites de la realidad para caer en la mitología india, pues, “los indios de su tribu —escribe el historiador venezolano don Arturo Medina Alfonso en su obra “Valores de mi Provincia”— le atribuían la influencia directa de la luna, que lo hacía invencible”.

El escritor don Antonio Reyes en su libro “Caciques aborígenes Venezolanos”, cuenta sobre Cayaurima lo siguiente: “Se comenzó a hablar de la pericia y autoridad de un nuevo cacique más capaz todavía que sus valerosos antecesores. Y allí justamente comienza la historia del gran caudillo de esa raza. Su nombre por sonoro y hermoso resultaba un poema: Cayaurima. Sus proezas heroicas —continúa—, transcriben toda la epopeya que pueda encerrar un verso épico. Ante su impulso se detuvieron los capitanes más reputados. La sutileza del indio resultaba sin precedentes en el historial de la conquista. ¡Dotes militares concretos le otorgaban a la guerra una faz inesperada...! ¡Cayaurima, bien puede hoy calificarse como el Guaicaipuro de Oriente...! Porque poseía méritos integrales solo comparables a los del caudillo de las alturas de Los Teques”.

EXPEDICION DE CRISTOBAL COBOS

Años más tarde, el Consejo de Indias encomendó a don Cristóbal Cobos la difícil tarea de vencer a los cumanageros para concluir la conquista de la provincia de la Nueva Andalucía. En efecto, “el capitán Cristóbal Cobos —anota don Carlos Siso— organiza en Caracas la expedición militar que se le confiaba: despachó desde La Guaira una nave grande con 1.500 fanegas de maíz y muchas indias para molerlo, un gran chinchorro para pescar y dos piraguas que le sirvieran para atravesar los ríos; y él salió por tierra con un ejército compuesto de 160 soldados, 50 indios de su encomienda, un gran número de indios que reclutó en la costa y 100 cabalgaduras. En el mes de marzo de 1585 llegó a la boca del río Neverí. “Tan pronto como los cumanageros vieron invadido su territorio, el cacique Ca-

yaurima, con más de 2.000 indios, lo atacó. El combate, que fue recio, duró más de tres horas sin decidirse". Fue por la noche cuando los indios se retiraron y Cobos tuvo la oportunidad de llegar a Chacopata. Ahí fue el epílogo de la vida de Cayaurima: batalla de Macarón.

Al amanecer del día siguiente, ya estaba el cacique con sus guerreros indios de cara al enemigo, dispuesto, como siempre, a hacerle frente a las balas de los arcabuces del conquistador español, quien con sus tropas divididas, atrincheradas y en formación de guerra, esperaba con impaciencia el ataque del jefe cumanagoto. Lo cual no se hizo esperar, pues, una lluvia de flechas mortíferas ensombreció el sol de aquella mañana. El enemigo rechazaba con dificultad el ataque vigoroso de los indios que no se atemorizaban ante la detonación de aquellas armas de trueno y fuego traídas de ultramar. Los soldados peninsulares caían con el pecho atravesado por los dardos envenenados con curare, y los cumanagotos rodaban por el suelo víctimas de los proyectiles enemigos. Mas, la victoria se inclinaba hacia el bando del cacique. Cuando de repente, en medio del fragor del combate, al son de los tambores, gritos de guerra y golpes de las macanas, entre los muertos y heridos y la polvareda, apareció la enhiesta figura de Cayaurima, alto y corpulento, con musculatura hercúlea, de pelo negro y lacio, de nariz aquilina y mirada profunda y dominante. La erguida presencia del cacique infundía más valor a sus guerreros que ya se preparaban a ultimar a los usurpadores. Y era tanto el respeto que inspiraba la presencia de aquel jefe americano en el campo de batalla, que el propio Cobos no tuvo valor para enfrentarse solo con él. Y ya con la derrota encima, vino la idea de aprehender a Cayaurima, a quien reconoció sin incertidumbres por sus vistosas vestiduras, por la complexión de su cuerpo y por el penacho de plumas polieromadas que adornaba su cabeza. Y ordenó a varios de sus soldados más fuertes que lo apresaran. El cacique, con su arrojo singular, les hizo frente a los españoles, quienes después de una fatigosa lucha cuerpo a cuerpo, en la que ya había dejado la vida uno de ellos en sus manos, lograron propinarle en la cabeza un certero golpe con la culata de un arcabuz que le hizo perder el conocimiento. "Con esta novedad —apunta Oviedo y Baños—, mudó su teatro de repente la fortuna, pues temerosos los indios del riesgo que corría la vida de su cacique si proseguían con las armas, desampararon el campo apresurados, dejando con la fuga malograda la victoria que tenían entre las manos; y deseando aprovecharse de los auxilios del tiempo para lograr ocasión de poder poner en libertad a Cayaurima vinieron al alojamiento el día siguiente ofreciendo la obediencia con aquellos rendimientos que suele afectar cauteloso un disimulo: bien conoció Cobos la intención que gobernaba aquel movimiento repentino, y que la paz a que tiraban solo miraba por fin la libertad del cacique; pero dejándose llevar la apariencia sin dar a entender de que penetraba el alma que llevaban sus intentos, quiso también fiar al beneficio del tiempo las mejoras de su partido y por medio de la amistad (aunque fingida) ver si podía domesticar con la comunicación y con el trato la indomable condición de aquel gentío, a cuyo efecto —continúa Oviedo y Baños—, poniendo más cuidado en la guardia y prisión de Cayaurima, asentó las paces desde luego, y mudando su alojamiento al río Salado (hoy Neverí) a poca distancia de la boca por donde desagua al mar, pobló la ciudad de San Cristóbal". Mas, no fue así. Cristóbal Cobos, como

Francisco Pizarro, como Hernando Cortés y tantos otros conquistadores, los traicionó y faltó a su palabra. Cayaurima, el indómito cacique oriental, nacido —como dijimos antes— a orillas de las playas de Maurica y en las márgenes de su río Neverí cuyas aguas lo vieron mil y mil veces pasearse por sus frescas riberas, ahora estaba frente a ellas, soportando con valentía y sin quejidos el castigo infamante del garrote, con su cuerpo sangrando y con su vista fija en el horizonte del mar de Maurica. Luego, el conquistador Cristóbal Cobos ordenó que las piernas de Cayaurima fueran atadas fuertemente a los extremos de dos juncos inmediatos que, cimbrados para el objeto, fueron soltados después, y al adquirir su posición normal, desgarraron al cacique, cuyos extremos inferiores quedaron colgados de las puntas de ambos juncos. Ante tan horroroso espectáculo, los demás indios se sometieron. Y se logró, más tarde, la conquista de la provincia de la Nueva Andalucía.

Así, de esa manera monstruosa murió el cacique Cayaurima, el invencible, el semidiós de los cumanagotos cuya piel bronceada, curtida en mil batallas, antes de morir sangraba profusamente por las heridas recibidas durante el salvaje castigo a que fue sometido primero. Tales sufrimientos —cuenta la tradición— no lo amedrentaron. Al contrario, su grandeza, su gloria crecía ante los ojos atónitos de los codiciosos europeos que esperaban las palabras de sumisión de aquel príncipe de la raza americana. Mas, sus labios se movieron para repetirles, ya casi agónico, en forma balbuciente, aquellas proféticas palabras: —“Estas tierras jamás serán de ustedes”—. Con esto significaba Cayaurima la confianza que tenía en su raza, en el pueblo cumanagoto, en las naciones indoamericanas. Y tal aserto se cumplió siglos después.